

de todo proceso de desarrollo real.

Para ello harán falta muchas fiestas como esta que hemos presenciado. Muchos Días de la Cultura como éste, en que no sólo artistas —que actuaron desinteresadamente—, sino todos cuantos asistimos, lo hicimos de un modo vivo y participante que culminó en la interpretación colectiva de «Grandola» cogidos del brazo en grandes filas que rodeaban el tablado donde Afonso y Benedicto cantaban. ■ F. ALMAZAN.

en 1874, en Danbury (Connecticut). No sería justo dejar pasar la ocasión de su centenario sin dedicarle unas líneas.

De la misma manera que durante mucho tiempo se ignoró a Ives aun en su propio país, en años más recientes se le ha dedicado una atención casi preferente que, aunque últimamente —y, curioso, coincidiendo con la cercanía de su centenario—, ha decaído algo, ha hecho su nombre de general conocimiento y uso corriente para legitimar cierto tipo de programas, y, con más amplitud, para legitimar también los hallazgos de los más variados experimentadores de la materia musical. Se ha descubierto en Ives un precursor nada menos que de Stravinsky, Debussy, Milhaud, Bartok, Schönberg —y, por supuesto, Berg y Webern—, Messiaen, y hasta Cage y el mismísimo Stockhausen.

Precedencias justificadas por los abundantes indicios que se pueden encontrar en la obra de Ives de muchas de las innovaciones que todos esos autores han aportado a la música «con bastante posterioridad» —se suele hacer bastante hincapié en este detalle—.

En las anteriores afirmaciones se ha insistido mucho, y no hay más remedio que reseñarlas y suscribirlas con el consabido dicho de los doctores y la Santa Madre Iglesia. Ahora bien: sea porque el aficionado a cualquiera de las artes debe estar animado por la perenne inquietud de cuestionarlo todo, y especialmente aquello que se propugna como cierto; sea porque el compromiso ético de quienes ejercen la misión de opinar se reduce, a fin de cuentas, a un rizar el rizo para decir lo mismo al tiempo que todo lo contrario; sea, acaso, por especial curiosidad del que suscribe por ambientes cul-



Charles Ives.

turales determinados, no hay más remedio que añadir algo más acerca de Charles Ives. Algo que sería importante de no ser porque todo lo antes citado constituye suficiente argumento de autoridad como para pensar que cualquier otra cosa que se diga no será más que una pequeña matización. Y la que aquí se va a hacer consiste nada más en el planteamiento de una hipótesis sobre cómo se incardinan todos esos hallazgos de Ives en el cuerpo de su obra, que es bastante copiosa, por otra parte.

No cabe duda de que así como los genios identifican las etapas culturales, son los pequeños detalles los que revelan la grandeza del artista, pero tampoco puede discutirse que son los valores medios de épocas y artistas los que posibilitan e incluso determinan la existencia de genios y detalles. Para dar una semblanza exhaustiva de Charles Ives —creo que en su centenario la merece— habría, pues, que describir el «tono» general transmitido por el sistema integrado por

su obra, sólo inteligible como tal si es vertebreado en sus valores medios. Valores que en Ives son los de un músico indudablemente avanzado, pero que si a algún tipo se asemeja es al de aquellos que, a fuerza de acumular recursos, materiales y planos sonoros, y de imbuir sus producciones de dimensiones épicas, metafísicas o místicas, traspasan la sublimidad y acaban por resultar... divertidos. Y no se tome esto como ofensa, por cuanto en este grupo incluyo a algunos de mis compositores favoritos, como, por ejemplo, Richard Strauss.

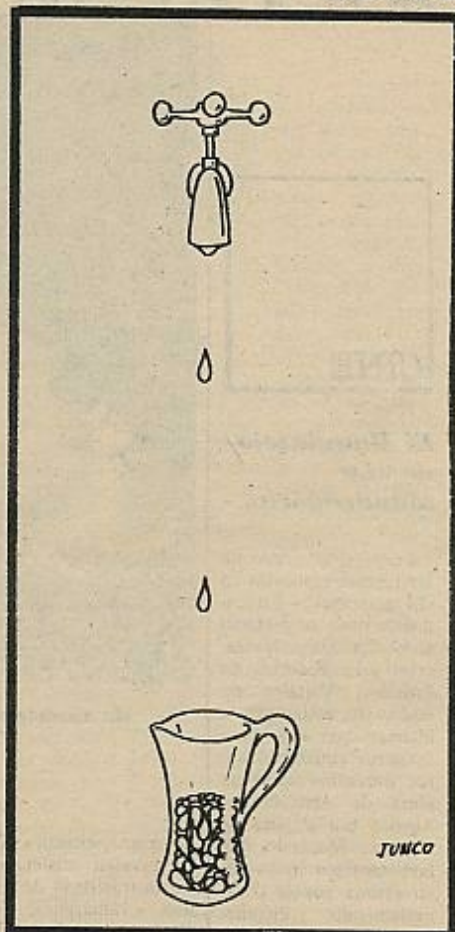
De esa grandilocuencia, pocas veces separable de un campo que, como el de la música de los dos últimos siglos, es poco propenso al equilibrio, participa Charles Ives; pero, y esto me parece que le define con más precisión que todos sus impresionantes hallazgos, participa de un modo genuinamente americano. Con el conjunto de su obra, Charles Ives nos quiso contar la saga musical de Nueva Inglaterra, inspirándola y decantándola por la filosofía trascendentalista de Thoreau y Ralph Waldo Emerson. Pudo hilvanar tan densa crónica sonora gracias a una serie de soluciones intuitivas insertables en el campo semántico que va desde la chapuza a la genialidad, sin que fueran una cosa ni la otra: genial fue Mozart; chapuceros hay tantos que destacar a uno sería hacerle una injusticia. Resultó que esas soluciones eran inéditas y, además, aprovechables. Y Charles Ives ha acabado por ser un precursor. Quizá porque su obra es toda suya, porque hizo de ella y con ella «lo que le dio la gana».

Olaro, que para eso hace falta una cosa: no vivir de la música. ■ JOSÉ RAMÓN RUBIO.

MUSICA

Evocación de un compositor americano

Mil novecientos setenta y cuatro es año de centenarios. A propósito del de Schönberg, defendí que este tipo de «femérides» ha de celebrarse en base a la existencia de razones que nos hagan sentir su urgencia. Pues bien: parece que las hay que han obligado a muchos a conmemorar el hecho de que ya se cumplan cien años desde que nació Charles Ives. Circunstancia que no he destacado con anterioridad por una razón muy sencilla: no llevo un censo de compositores. Lo que no quiere decir que no me ocupe de ellos: tampoco lo llevaba Oscar Wilde de sus amistades. Sin embargo, mediante la oportuna consulta al Concise Oxford Dictionary of Music, constato que, efectivamente, Charles Edward Ives nació



JUNCO



JUNCO